

## EL PENSAMIENTO ANTICIPADO DE MIGUEL DELIBES Y *EL MUNDO QUE AGONIZA*

### THE ANTICIPATED THOUGHT OF MIGUEL DELIBES AND *EL MUNDO QUE AGONIZA*

**Aurora EGIDO**

Real Academia Española

**Resumen:** La preocupación por la Naturaleza y por los nocivos efectos de un «progreso» mal entendido es una constante en la obra de Miguel Delibes. Su narrativa y su pensamiento reivindican la literatura y las humanidades como un medio para denunciar el inminente desastre ecológico, así como para aportar posibles soluciones.

**Palabras clave:** Miguel Delibes, *El mundo que agoniza*, Naturaleza, ecología.

**Abstract:** The concern for Nature and for the harmful effects of a poorly understood «progress» is a constant in the work of Miguel Delibes. His narrative and his thought vindicate literature and humanities as a means to denounce the imminent ecological disaster, as well as to provide possible solutions.

**Keywords:** Miguel Delibes, *El mundo que agoniza*, Nature, ecology.

Cuando se trata de responder a los retos de un mundo en crisis, como consecuencia de una pandemia que causa estragos en el ámbito económico y social, leer a Miguel Delibes nos dignifica como seres humanos. Y no me refiero únicamente a su creación literaria, sino al discurso de ingreso en la Real Academia Española, que pronunció el 25 de mayo de 1975, sobre *El sentido del progreso desde mi obra*, reeditado años más tarde con un elocuente título: *El mundo que agoniza*.

Resulta tentador analizar el estilo distanciado y un punto irónico de un texto en el que su autor llegó a presumir de falta de rigor gramatical y de vivir en una ciudad como Valladolid que, tal vez, no era un modelo del buen decir castellano. Pero lo cierto es que Delibes trató, en esa ocasión, de algo más que reivindicar la riqueza y vivacidad de la lengua hablada en los medios rurales, tal y como él la había acrisolado en sus obras. Y aunque el discurso contenía algunas calas sobre vocablos en desuso, que agonizaban como la propia Naturaleza en la que surgieron (*agostero, escardar, celemín, soldada, alcor...*), se detenía sobre todo en denunciar el origen de un declive que afectaba no solo a la España rural, sino a lo que hoy entendemos por mundo globalizado. Vale decir, a la destrucción de un modo de vida rural que implicaba una amputación aparentemente irremediable en todos los sentidos.

Como esa Naturaleza viva que aparece en los trigales pintados por Van Gogh, las palabras perdidas por el éxodo del campo a la ciudad formaban, según Delibes, parte de un paisaje lleno de historias y mitos que estaban a punto de desaparecer. De ahí que, en *El camino*, en *Parábola del naufrago*, en sus *Viejas historias de Castilla la Vieja* y en una buena parte de sus obras, tratara de dar señas de un mundo rural en extinción con el fin de ensanchar la conciencia moral del ser humano y poner remedio a semejante desatino.

Más allá de la ficción literaria, su discurso se centró en describir las causas del abandono del campo en aras de un falso progreso por el que la Naturaleza —siempre en mayúscula— y los valores humanos eran sometidos al imperio económico y a una técnica destructiva so capa de dorada apariencia. El escritor vallisoletano se retrataba a sí mismo junto a aquellos naturalistas (hoy diríamos ecologistas) que pretendían frenar un desarrollo mal entendido, fruto de la codicia y del capitalismo de Estado. Su interés se cifraba en racionalizar la utilización de la técnica, revitalizar los valores humanos y recuperar la armonía entre la Naturaleza y el hombre.

Semejante utopía gozaba de una tradición de siglos, pero Delibes se distanció del tópico renacentista del menosprecio de corte y alabanza de aldea para fijarse en los problemas relativos a la explotación del hombre y a la destrucción del planeta a impulsos de un progreso equivocado.

En ese panorama, cobra particular relieve su defensa de las Humanidades y, en particular, de la ética y de la literatura, a sabiendas de que “un pueblo sin literatura es un pueblo mudo”. Delibes dibujaba un panorama dominado por la superfluidad, el consumo, la masificación, la fungibilidad, la

egolatría y el deseo de poder. Un mundo en crisis, que llevaría indefectiblemente al caos y en el que dominaba, como en el de las aves, la “jerarquía del picoteo”.

Su premonición sobre el control actual de los *big data* no deja de sorprendernos. Pues, además de la alienación general, Delibes avisaba, con sal profética, de cuanto iba a suponer que se archivaran en un dispositivo del tamaño de una caja de cerillas millones de datos que no cabrían en una catedral. Y no se olvidaba de la publicidad subliminal, de la manipulación, del lavado de cerebro y del vacío abierto entre técnica y ley. Algo que ya habían adivinado Aldous Huxley en la distopía de *Un mundo feliz* y George Orwell bajo el ojo vigilante de “Gran Hermano” en su novela *1984*.

Delibes también se refirió, en su discurso, a Mary McCarthy haciendo que Kant gritara: “La Naturaleza ha muerto”, a la vista de quienes la desvalijaban y envilecían. Pero se pertrechó además con argumentos científicos de primera mano para hablar de los problemas que se veían venir a finales del siglo XX y que auguraban un futuro regresivo. A su juicio, “En la Naturaleza apenas cabe el progreso. Todo cuanto sea conservar el medio es progresar, todo lo que significa alterarlo esencialmente, es retroceder”.

Su perspectiva era eminentemente personal, pues se fraguaba en la lectura de su propia obra. Convertido en crítico privilegiado, la analizaba desde la experiencia, como si esta fuera el verdadero aval de alguien que presumía de no tener ningún título científico y se presentaba ante el público como “hombre de campo” y “simple cazador”.

Pero Delibes no partía solo de ese punto de vista y de su propia obra literaria, sino que argumentaba desde el conocimiento de una amplia bibliografía científica. Y también de los datos propiciados por la UNESCO y los foros internacionales que, entre 1968 y 1973, habían denunciado —en Londres, París o Estocolmo— los problemas de la contaminación y de la destrucción de la Naturaleza. Pero, sobre todo, se nutría de autores como Faustino Cordon, que había denunciado el sacrificio de las especies animales y vegetales, o de la bióloga Rachel Carson, que había denunciado, en su *Primavera silenciosa*, el grave problema de los pesticidas y la contaminación.

El vaivén entre lo local y lo universal suponía una mirada centrípeta y centrífuga en sus planteamientos, por lo que el discurso académico ponía el dedo en la llaga de una Naturaleza maltratada orillas del Duero, o señalaba el peligro del mercurio en los océanos. Porque a Delibes le dolía tanto la extinción de la cercana perdiz roja como la de la ballena. Y esa preocupación se convirtió a lo largo de su vida en una ocupación moral trasladada a la literatura, donde trató de resolver la ecuación técnica-Naturaleza como si se tratase de un aviso para que la vida futura en la tierra no resultara insoportable.

Desde su atalaya castellana o, lo que era lo mismo, desde su vivencia personal, Delibes reflejaba en sus libros la destrucción física de la Naturaleza y cuanto ello representaba como “destrucción de su significado para el hombre, una verdadera amputación espiritual y vital de éste”.

La obsesión “antiprogreso” le venía de lejos. Ya Torrente Ballester había visto en Delibes que el pecado estaba en la ciudad y no en el campo. Pero él quiso ir más allá de esa dicotomía al denunciar

el falso progreso que envenenaba las ciudades e incitaba a abandonar las aldeas, dando muerte a una cultura campesina sin sustituirla por nada noble.

Su aparente pesimismo, sobre todo en *Parábola del naufrago*, no estaba reñido sin embargo con la fe en la juventud y con un deseo de cambio que impidiera el saqueo de la Naturaleza, expresado reiteradamente en su discurso académico.

La noción actual de “la España vacía”, que los geógrafos conocedores del problema califican de “despoblada”, se vislumbra en el discurso académico de Delibes hasta en las tildes. Pero su denuncia no se circunscribió solo al territorio nacional, extendiéndose a un éxodo rural, que era ya entonces un fenómeno universal irreversible.

Su desdén por un progreso desintegrador y deshumanizador le llevaba a corregirlo con la vuelta a los orígenes y a la integración armónica del hombre con la Naturaleza. Para ello, había que “ensanchar la conciencia moral universal” y acabar con la injusticia y con la exaltación desmedida del dinero.

Su preocupación social parece tanto más auténtica cuando se plasmaba no solo en los pueblos y ciudades que sirvieron de fondo a sus novelas, sino en unos personajes con los que se identificaba, trasladando a lo vivo sus problemas, su voz y sus silencios. De ese modo, el lector se involucraba sutilmente en la denuncia de unos seres marcados por la injusticia.

El propio Delibes confesaba no haber querido convertirse en cómplice de un progreso irracional que, en aras del desarrollo, sacrificaba el campo a la técnica. De ahí su preocupación constante sobre los problemas derivados de la contaminación, el ruido o la guerra química, biológica o nuclear. Invirtiendo el título *Under the volcano*, de la famosa novela de Malcolm Lowry, el nuevo académico decía en su discurso de 1975: “Vivimos sobre un volcán”.

Miguel Delibes abogó por la necesidad de un progreso auténtico, abierto a la relación armónica con la Naturaleza, pero sobre todo a la dignidad del hombre. Otro ideal renacentista, que habían recreado siglos atrás Gianozzo Manetti, Pico della Mirandola o Pérez de Oliva, entre otros, y que resaltaba la lengua como marca mayor de esa dignidad. No en vano, gracias a ella, tenemos acceso al conocimiento de las Humanidades en su sentido más amplio y científico.

Delibes se nos muestra en su discurso como seguidor de una larga corriente, iniciada por el pensamiento ilustrado de Diderot y Condillac, que revisaría la relación entre la Naturaleza y el hombre, dando pie a las ideas naturalistas del siglo XIX. Pero sobre todo a la revisión del par clásico Naturaleza/Arte, que conllevó una nueva perspectiva literaria alejada de los presupuestos ideales del Romanticismo. Sus planteamientos se distanciaron también del simbolismo anímico y esencialista del paisaje emanado de los escritores del 98, pese a que compartiera con ellos algunas de las ideas regeneracionistas.

Entendiendo el valor de la literatura como fuerza motriz del pensamiento, Miguel Delibes trató de avanzar por los nuevos caminos que imponían una reflexión profunda sobre la paradoja de un progreso regresivo. Sin que en su discurso aparezcan palabras que tardarían en consolidarse con significados nuevos, como *ecología*, *tecnología*, *sociología*, *desarrollo sostenible*, *economía verde* o

*medio ambiente*, la verdad es que su ideario está muy cerca de la crítica al antropologismo exacerbado y a la idea de progreso ilimitado que se fraguó en la segunda mitad del siglo XX.

No, la literatura no era, para él, un simple juego estético, ni un canto llano a *La madre naturaleza*, por decirlo con el conocido título de Emilia Pardo Bazán. A la zaga del neorrealismo literario y cinematográfico de los 50, como supo ver su amigo Gonzalo Sobejano, Delibes dibujó, en sus cuentos y en sus novelas, unos personajes cuyas vidas parecían estar condenadas al fracaso. Sobre todo, si surgían en un ambiente hostil. No obstante, el determinismo social y ambiental se podía superar mediante un cambio de vida colectivo; y, en lo referido al individuo, gracias a la dignidad y a la libertad de elección, que marcaron la pauta existencial del protagonista de *El hereje*.

Delibes sabía muy bien que, desde Virgilio a Garcilaso o Miguel de Cervantes, pasando por toda una larga tradición bucólica, la destrucción y la muerte siempre habían visitado la Arcadia. Así lo muestra la urna del famoso cuadro de Poussin “Et in Arcadia ego”, y lo saben de primera mano, aunque de forma distinta, quienes han vivido del campo y en el campo lejos de los libros.

Pero la muerte que Delibes veía en los campos de Castilla afectaba, más allá de las églogas clásicas, de la bucólica ilustrada y del paisajismo decimonónico, a un ancho mundo en el que los ataques a la Naturaleza destruían la clásica *Historia Natural* en la que el hombre había sido durante siglos su actor fundamental en convivencia armónica con ella.

El cazador y pescador Miguel Delibes, y hasta el marinero que participó en la Guerra Civil, fue mucho más que un escritor “regional”, como supo ver con lucidez Julián Marías en la contestación a su discurso académico. Desde la provincia, se podía ser universal a la hora de contar historias y crear personajes únicos, como habían hecho Galdós y Baroja, pero también a la de mostrar una preocupación social por las cuestiones palpitantes de su tiempo. En particular, las que atañían a la exaltación de un progreso que había ido destruyendo el campo. Y más si se trataba de un vallisoletano que había viajado por medio mundo y se había interesado por los cambios que ocurrían en él.

El periodista y el novelista que buscó la esencia de lo humano supo ver atinadamente los problemas que acuciaban a la sociedad de su tiempo. Y lo logró consiguiendo una evidente originalidad fraguada en una voluntad de estilo que iba íntimamente ligada a una ética transformadora que trataba de embridar la técnica. De ahí que, contra las trampas del progreso, hubiera que desenmascarar los discursos contra la contaminación, la destrucción de los bosques o la modificación del clima, convertidos tantas veces en mera retórica.

Julián Marías señaló la pasión de Delibes por la autenticidad de la vida, así como su preocupación por los cambios y desigualdades de un mundo que caminaba hacia la destrucción a pasos de gigante. Para ello, había que preservar a toda costa la Naturaleza con un sentido auténtico de progreso humanizado que cambiara el rumbo en los siglos futuros. Su pensamiento y su obra literaria parecen encarnar el aforismo que Baltasar Gracián plasmó en el *Oráculo manual y Arte de prudencia*: “Pensar anticipado. De hoy, para mañana y para muchos días”.

En su visión del futuro sobre la vida en el campo, Delibes acertó lamentablemente en demasiadas cosas, pero también fue un genio anticipado en la proclama de una corriente actual de pensamiento

que reclama Nuccio Ordine en *La utilidad de lo inútil*. En ella, la literatura y las Humanidades en general, además de ofrecernos las enseñanzas del pasado, cumplen una valiosa función profética y moral que tal vez sirva para transformar el mundo.

Frente a la *posverdad*, que distorsiona la realidad con falsos visajes, la obra de Delibes nos la devuelve, pura y sin velo, en toda su anchura. Y lo consigue desde una ficción literaria que asume unos valores éticos y estéticos tanto más valiosos cuanto se nos presentan a lo vivo. Algo muy clásico y cervantino al mismo tiempo, que el escritor vallisoletano, nacido en la calle Colmenares, supo dibujar con sentido premonitorio y proyección universal.

TROPELIAS